

Argentina

La coyuntura política y la lucha por la recomposición obrera

Comité Ejecutivo del Nuevo MAS

Este texto es una versión apenas modificada del que se presentó al plenario nacional de cuadros del Nuevo MAS de Argentina del 11 y 12 de diciembre. Busca dar cuenta de los cambios en la vida política del país a partir de dos muertes representativas de tendencias opuestas en la vida política nacional: el asesinato del militante del Partido Obrero Mariano Ferreyra, a manos de una patota de la burocracia sindical y ante la inacción de la policía, y el fallecimiento del ex presidente Néstor Kirchner. Se ha abierto una nueva coyuntura política de fortalecimiento del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, corrido hacia el centro político, y el simultáneo salto adelante del proceso de la recomposición de los trabajadores de la mano de los tercerizados ferroviarios.

KIRCHNER Y MARIANO FRENTE AL ESPEJO NACIONAL

El análisis de estas dos muertes y qué representan como fenómenos apunta a dos de las coordenadas más importantes de la vida política nacional, que se mueven en sentido contrario. También busca desmitificar una serie de confusiones que se han tejido alrededor del rumbo del gobierno después de la muerte de Kirchner.

Las muertes de Kirchner y Mariano son representativas en última instancia de tendencias en obra a lo largo de la década pasada, puestas en marcha por las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001.

Por un lado, se acaba de cumplir un mes de la muerte de la principal figura política de la clase dominante argentina en la última década. Una figura que tuvo la tarea –así lo destacó Antonio Cafiero, patriarca del Partido Justicialista–

de rescatar la institución presidencial, arrastrada por el fango de cinco renuncias presidenciales en no más de un mes.

Por el otro lado, el asesinato de Mariano es representativo de la emergencia –a veces encarnizada– del proceso que llamamos de recomposición de la clase obrera argentina, el más importante para la izquierda revolucionaria del país, y que cada día que pasa parece apuntar a configurar una circunstancia histórica. El reflejo político de esto es que el debate acerca del “modelo sindical” está en la palestra nacional. En ese marco se inscribe la inscripción del sindicato del subte firmada días atrás por el ministro de Trabajo Carlos Tomada.¹

El debate ha tomado estado político nacional porque –entre otras razones– expresa una gran preocupación de la patronal por problemas que remiten a la organización del movimiento obrero argentino. Esto va mucho más allá del tema coyuntural de las paritarias, el salario y un eventual pacto social para el 2011: hace al interrogante acerca de si no se están acumulando cada vez más elementos para configurar un giro histórico, de los que se dan una vez cada décadas, en la organización de la clase obrera.

Cuando la burguesía y la burocracia hablan del “modelo sindical” no se refieren a un gran ascenso de las luchas, que de momento no ocurre. Apuntan a un problema más estratégico, ligada al desprestigio de la CGT, a qué hacer con una CTA que ahora ha quedado partida, y a la presencia de la izquierda revolucionaria en las filas de la clase obrera. De eso están hablando Madanes Quintanilla cuando se reunió con Cristina para anunciar inversiones millonarias en Fate, o Paolo Rocca (de Techint, la firma industrial más grande del país) explicitando en el seminario de IDEA que la tercerización “no se puede tocar”, o los Roggio respecto del subterráneo de Buenos Aires.

A la patronal de Kraft, a la de FATE y ahora a la de VW de Córdoba, igual que a las concesionarias ferroviarias, no les hace gracia que se desarrollen en sus empresas comisiones internas o cuerpos de delegados independientes. No es algo menor: expresa el *avance de la izquierda entre sectores que son parte del núcleo del proletariado argentino*, siempre monopolizado por la burocracia sindical.

La muerte de Mariano ha devenido muy representativa no solamente por ser un joven militante de izquierda, sino porque murió en un lugar muy particular, donde se jugaba una de las batallas de la guerra de la recomposición obrera.

EL HIJO BASTARDO DEL ARGENTINAZO

Profundicemos primero el carácter del kirchnerismo como fenómeno de conjunto. Néstor Kirchner asumió en un momento muy especial de la Argentina, luego de las jornadas revolucionarias del 19 y 20 de diciembre del

1. No tiene nada de accidental ni contradictorio que en medio de su giro conservador el gobierno haya concedido la inscripción del nuevo sindicato del subte. La medida parece concebida para ayudar a Hugo Yasky (CTA) y Beto Pianelli, al tiempo que seguir alimentando la ilusión de que de la mano del gobierno K “se pueden lograr cosas”.

2001. Llegó al gobierno como la variante más “izquierdista” que podía ofrecer en ese momento la clase dominante luego del fracaso de Eduardo Duhalde (masacre del Puente Pueyrredón mediante).

Su ascensión presidencial no fue un hecho aislado en el contexto latinoamericano. El conjunto del subcontinente se vio marcado desde el comienzo del nuevo siglo por lo que llamamos el ciclo de rebeliones populares, que llevó el péndulo político regional hacia la izquierda luego del desierto político y social de los años 90.

Gobiernos como el de Hugo Chávez, Evo Morales, Néstor Correa y el propio Néstor Kirchner llegaron para dar una canalización a ese proceso, evitando un eventual desborde anticapitalista. Hicieron esto por la vía de una serie de concesiones y reformas más o menos profundas según el caso.

Por esa razón, a Kirchner lo llamamos en su momento el hijo burgués, o bastardo, de la rebelión popular. Sus rasgos específicos, diferentes a los demás gobiernos de la democracia burguesa desde 1983, mucho más clásicos y conservadores, tuvieron que ver con el proceso que indirectamente le había dado origen: la rebelión popular.

La llegada de estos gobiernos marcó el segundo momento del nuevo ciclo regional. Si en el primero toda la escena política la ocuparon las rebeliones populares propiamente dichas (es decir, la irrupción desde abajo e independiente de las masas populares), este segundo momento estuvo marcado por la *reabsorción desde arriba*, “estatista”, de los movimientos sociales, interpellándolos mediante determinadas concesiones.

El gobierno de Kirchner transcurrió por estos mismos carriles, más allá de todos los rasgos específicos del país. Logró en gran medida *cooptar y disolver el emergente movimiento de trabajadores desocupados*, que a finales de la década del 90 y comienzo de los 2000 había llegado a agrupar a una amplia vanguardia de masas. Sin embargo, por su propia naturaleza “inorgánica”, nunca logró recuperar el protagonismo alcanzado en esos años. Pese a la pelea que dimos desde el nuevo MAS, este movimiento nunca logró asumir realmente la bandera de *trabajo asalariado genuino*, ni tender un puente hacia los trabajadores ocupados, factor que contribuyó también a su cooptación estatal.

El kirchnerismo se vertebró así como una suerte de movimiento político (en su momento lo llamamos de “alas anchas”) que en su apogeo tuvo el apoyo de lo más granado de los sectores patronales, la mayoría de las clases medias y los trabajadores. Como estructura, fue encaramándose en el PJ; en el terreno sindical, vertebró una estrecha alianza con Hugo Moyano al frente de la CGT, y también pasó acuerdos con al menos una de las fracciones de la CTA; obtuvo el apoyo de movimientos desocupados como el de D’Elía, la mayoría de los organismos de derechos humanos, intelectuales “nacionales y populares”, etcétera.

En síntesis: el kirchnerismo fue construyendo un relato o “épica” movimientista que buscó tener semejanzas con algunos de los rasgos del peronismo de izquierda de los años 70, a manera de ropaje acorde a tiempos de rebeldía popular.

Sin embargo, con el conflicto con las patronales del campo de la primera mitad de 2008 hubo un quiebre político de suma importancia. Ya bajo el gobierno de Cristina Kirchner, los K se enfrentaron con la Mesa de Enlace campestre por el manejo de las retenciones a las exportaciones.

En ese conflicto nació una coalición conservadora que salió a *desafiarlos desde la derecha*. El movimiento de los campestres fue un paralelo de los “escuálidos” en la Venezuela de Hugo Chávez, o de la reaccionaria oligarquía del Oriente en Bolivia (y corrientes de “izquierda” de nuestro país se llenaron de oprobio apoyándolo como idiotas útiles, como fue el caso del MST y la maoísta CCC).

Este asedio desde la oposición patronal de derecha marcó la tercera coyuntura del ciclo político regional y nacional. Si en ninguno de los casos logró derrotar a los gobiernos patronales “progresistas” –ni en Venezuela, ni en Bolivia, ni en nuestro país–, se debió a que no terminan de responder a las circunstancias creadas por un ciclo político regional que sigue estando marcado por tendencias a la izquierda.

Sin embargo, estos movimientos conservadores sí lograron desgastar a esos oficialismos. E instalaron una *polarización en las alturas* que –con idas y venidas– se terminó instalando como uno de los datos políticos fundamentales de la situación regional.

Así las cosas, en los últimos años el péndulo político regional se ha movido de izquierda a derecha, con varias estaciones intermedias y también “rebotes”, con extremos como ha sido el triunfante golpe de Estado hondureño de junio de 2009, o la fracasada intentona contra Correa en Ecuador dos meses atrás, pero sin lograr cambiar hasta ahora las coordenadas generales de conjunto.

Cristina vive ahora su “revival” en un contexto donde el péndulo político regional marca el aggiornamiento más o menos conservador de casi todos estos gobiernos progresistas, pero sin dar lugar a un vuelco de conjunto hacia la derecha.

UN GIRO AL CENTRO POLÍTICO BUSCANDO LA REELECCIÓN

Respecto del gobierno de Cristina, salimos con un artículo inmediatamente después de la muerte de Néstor Kirchner, incluso antes de sus exequias del día siguiente. Después hicimos una serie de precisiones en el mismo sentido, con algunos cambios de forma que vinieron a reafirmar las perspectivas de fondo de aquel texto inicial.

Porque más allá de la propaganda para la tribuna, parece evidente que el giro dado por el gobierno de Cristina –luego del “bálsamo” que le significó la muerte de Néstor– apunta a explotar todas las posibilidades de *ir a un gobierno de más unidad nacional*. Y, como decía un compañero en una discusión partidaria, esto nunca se hace hacia la izquierda: se realiza hacia la derecha, *buscando tener en cuenta y aplicar las exigencias principales de la patronal*.

Así, el mayor consenso y claro aumento de popularidad que le dio mostrarse sentida pero al mismo tiempo firme frente a la adversa circunstancia perso-

nal está siendo aprovechado por el oficialismo para volver al proyecto original de Cristina en la campaña de 2007: un gobierno burgués más “normal” (así lo confirman, por ejemplo, los famosos cables del Departamento de Estado yanqui filtrados por WikiLeaks).

Es ahí donde se inscribe la variante más conservadora que preveíamos en esa primera editorial sobre el curso de los acontecimientos futuros. Esto puede haber confundido a algunos compañeros porque esta variante se dio de una forma distinta. Pero la tendencia de fondo se está desarrollando exactamente como la señalábamos allí.

Una hipótesis factible era la de un gobierno debilitado y que viniera un recambio de tipo conservador por fuera del kirchnerismo, liquidando el ciclo K. Sin embargo, las cosas se están dando de otra manera: es el propio gobierno el que toma en sus manos los reclamos de la patronal, buscando recuperar elementos de más consenso burgués y operando un giro conservador, a la vez que postula a Cristina como la mejor garantía de gobernabilidad para la burguesía. Hasta Hugo Biolcati, presidente de la furiosamente gorila Sociedad Rural, acaba de reconocer que “el gobierno está menos agresivo desde la muerte de Kirchner”.

Es decir: el gobierno se juega a *aplicar él mismo las exigencias conservadoras de normalización del país* en las que viene insistiendo la patronal.

Los principales acontecimientos ocurridos desde la muerte de Kirchner atestiguan lo que venimos señalando. Cristina fue con su gabinete en pleno a visitar a la Unión Industrial. Desde el conflicto con los ruralistas el gobierno no se reunía con la UIA, burguesía industrial que había sido una clave fundamental en el apoyo a Néstor Kirchner, al “modelo”, a la devaluación, etcétera. Tras el choque con “el campo”, el gobierno había quedado en minoría: había perdido el apoyo de la flor y nata de la burguesía, además del de la clase media alta. Eso es lo que hace ahora tan significativos los reajustes de la patronal.²

En ese encuentro con la plana mayor de la UIA todo fue muy significativo. Cristina eligió hacer declaraciones contra los cortes de ruta, al señalar que “40 millones de argentinos quieren vivir tranquilos; no quieren más piquetes ni cortes”; luego Rocca hizo su ya citada defensa de la tercerización; estaba el secretario general de la CGT, Hugo Moyano, apoyando la idea de pacto social y el discurso sobre la necesidad de ser “responsables” en los reclamos...

Además, Cristina le respondió a uno de los patrones que el día anterior había planteado que el Estado “no debe ser empresario”. Dijo lo que querían oír, agregándole la prédica K: “Nadie hoy en el mundo piensa al Estado como empresario, pero el Estado tiene un rol que cumplir como regulador”. Es decir, defendió al Estado como “mediador” de los conflictos, dejando en claro que el plano

2. La coyuntura de “bonanza” económica facilita la relativa división de la Mesa de Enlace de la patronal agraria. También el hecho de que el planteo de reducción de retenciones sirve para la tribuna, pero concretarlo es más difícil, porque ningún gobierno querría prescindir de ellas en esta coyuntura de precios siderales de las commodities.

de la gestión económica es para los empresarios. En un sentido, esto no es nuevo: las “estatizaciones” de los Kirchner han sido realmente escasas y bajo la presión de las circunstancias. En general, frente a una situación de crisis empresaria siempre han tratado de imponer la entrega de la compañía en problemas a otro grupo capitalista.

El rol “regulador”, en cambio, hace precisamente al lugar que se atribuye el kirchnerismo luego de los acontecimientos del 2001: su postulado es que *la política debe recuperar su papel mediador específico*, y que no se la puede reducir a mera economía. De otro modo, hay un peligroso adelgazamiento de aquellos filtros que, ante una crisis económica, buscan impedir un cuestionamiento al conjunto del sistema. Por ejemplo, poner directamente a empresarios al frente de la gestión de los asuntos públicos –el proyecto de Macri– corre el riesgo de exponer directamente a la clase capitalista como tal, y no a sus representantes políticos, que deben ser los *fusibles* de la gestión de la cosa pública. Los representantes capitalistas directos aparecen en la escena cuando todas las mediaciones políticas están comprometidas. Esto ha ocurrido en varios países, pero no es lo más aconsejable desde el punto de vista capitalista; es una *desnaturalización* de la política burguesa.

La naturaleza del proyecto kirchnerista luego del “incendio” de las instituciones en 2001 y su discurso de la “recuperación de la política” no es, entonces, otra cosa que la recuperación de las instituciones de la democracia burguesa.

La reunión con la UIA expresa ese debate entre gobierno y patronal, que puede saldarse coyunturalmente con la voluntad, expresada por todos los actores, de ir hacia alguna forma de pacto social.³ Con esta argumentación: después de la muerte de Kirchner, hay que “afirmar la gobernabilidad”, “vayamos a un 2011 tranquilo”, “no hagamos locuras”, “hay elecciones, que no se nos vaya de las manos la puja distributiva”...

LAS DESVENTURAS DE LA OPOSICIÓN PATRONAL

Las fuerzas políticas burguesas de oposición al kirchnerismo están muy lejos de la gloria que entrevieron tras las elecciones parlamentarias de junio de 2009. Por un lado, la coalición conservadora que se armó alrededor de las patronales rurales en 2008 se fue desflecando. No por una derrota, sino porque la coyuntura económica internacional, sumada a que el gobierno dejó correr una serie de medidas favorables al agro, hicieron en buena medida abstractos muchos de sus reclamos. Las retenciones a los granos continúan, pero el precio de la soja

3. Usamos esta vaga formulación porque no está claro que haya condiciones políticas para imponer un pacto social hecho y derecho, al estilo Pacto de la Moncloa. Una medida tan explícita dejaría *menos márgenes de maniobra* a todos los actores para cubrir sus respectivas necesidades. Por eso, en lo inmediato el temario se limita a un acuerdo con techo salarial y compromiso de “paz social” en un puñado de gremios clave.

está tan por las nubes que los productores están embolsando nuevamente fabulosas ganancias. Además, el gobierno desde comienzos de año permitió un sideral aumento del precio de la carne, se ha reabierto el mercado de exportación de aceite de soja a China, seguido de un acuerdo comercial por el tema carnes... Con un campo de parabienes, los reclamos son menos urgentes.

Por otra parte, la coalición vertebrada alrededor de la rebaja de las retenciones fue tan heteróclita que en la Comisión de Agricultura de Diputados se presentaron unos veinte proyectos distintos. Ninguno llegó a prosperar. El motivo: ninguna de las fuerzas políticas que aspiran eventualmente a la presidencia va a apoyar una rebaja sin más de las retenciones. Además, surgieron diferencias entre la Sociedad Rural y la Federación Agraria, que ahora descubrió que los criterios de libre mercado puro y duro no la benefician del todo y salió con reclamos como la regulación del alquiler de los campos a los grandes pools de siembra.

Pero al debilitamiento de la coalición campestre contribuyeron elementos también de estricta estrategia política. Fue la propia Mesa de Enlace, en conjunto con el Grupo A (así se llama a los principales bloques opositores: Unión Cívica Radical, PRO, Peronismo Federal y Coalición Cívica), la que en su momento optó por sacar el reclamo de las rutas y llevarlo al Congreso. Allí, a comienzos de año, le dieron tiempo vital al gobierno de Cristina para maniobrar cuando parecía que volvía a quedar asfixiada. Y, como era previsible, el Parlamento fue un pantano en el que el Grupo A no logró sancionar prácticamente ni una ley de las que había prometido con la “renovación parlamentaria” tras las elecciones de junio de 2009.

A esto se agrega que a la burguesía le preocupa la gobernabilidad del país por encima de todo. Mayoritariamente se había alejado de la orilla del oficialismo, pero al mirar el fragmentado mosaico opositor, surgían serias dudas de cómo esta oposición iría a garantizar esa gobernabilidad. No se trata solamente de la lógica competencia en el seno de la oposición alrededor de las candidaturas presidenciales (de la cual comienza a emerger como más sólida la UCR). Está también el persistente hecho estructural de que el PJ controla los sindicatos y, en general, desde hace décadas todos los gobiernos no justicialistas han debido afrontar la debilidad de no controlar la estructura sindical. Dicho sea de paso, ésta es una de las preocupaciones cuando en el seno de la clase dominante se discute el “modelo sindical”.

En todo caso, ahora que el gobierno gira al centro político y comienza a dar respuesta a los puntos fundamentales de la agenda patronal, a la patronal se le suscita la duda de si no les daría mayores garantías una reelección de Cristina que cualquier otra variante. Una duda que hoy favorece el fortalecimiento del oficialismo.

UNA COYUNTURA ECONÓMICA FAVORABLE, PERO CON ESCALADA INFLACIONARIA

Sin embargo, otro elemento mucho más material explica estos desarrollos. En la izquierda fuimos prácticamente la única corriente que planteó –y desde el

inicio— que no necesariamente la crisis económica mundial se iba a replicar de manera *mecánica e inmediata* en Latinoamérica y Argentina.

Por eso tuvimos también una posición diferenciada de todas las demás corrientes respecto del problema de las reservas del Banco Central (cuestión que terminó sin pena ni gloria). Partidos como la CCC, el MST y el PO esperaron en vano los escenarios más catastrofistas, llegando a hablar de “una posible reedición de la crisis del 2001”.

Este análisis económico debe ser puesto sobre la mesa a la hora de analizar la naturaleza y perspectivas del gobierno de Cristina para comprender los ampliados márgenes de maniobra con que cuenta en este momento. Aun en medio de su giro hacia un gobierno de más unidad nacional y buscar recuperar el favor de la gran patronal, el gobierno no se priva de maniobras a “izquierda”. La base de este hecho es precisamente la relativa “bonanza” económica actual, acompañando una circunstancia similar a la de muchas economías exportadoras de materias primas hacia China e India (“emergentes”, en el lenguaje económico oficial).

Se trata de una coyuntura con altos índices de crecimiento, sin caída del empleo, con ingresos fiscales que le permiten tener recursos para gobernar, con un muy importante ingreso de divisas que buscan aprovechar tasas de interés varias veces superiores a las del norte del mundo y altos precios de los bienes de exportación agrarios, entre otros indicadores.

Tal es el fundamento material que da margen de acción a Cristina, otorgando sumas fijas a los jubilados, concediendo la inscripción en el subterráneo de Buenos Aires, manteniendo los esquemas de subsidios (aunque con una fuerte exigencia patronal de “normalización”, que el gobierno va a ir llevando a cabo vía aumentos tarifarios más o menos “administrados”) y en general maniobrando de modo de dar elementos de justificación a quienes lo apoyan desde el flanco izquierdo (como ocurre en la UBA con La Mella).

Lo anterior no quiere decir que no haya problemas económicos incluso potencialmente graves, al margen de un eventual vuelco de la crisis internacional que cambiaría todo el panorama. Por destacar solamente uno de los principales, señalemos la escalada inflacionaria. Aquí hay una novedad en la gestión gubernamental, luego de negar la inflación y manipular los índices de precios durante los últimos años: el encargado de venir a restablecer el índice de precios no es otro que el FMI, con lo que el gobierno desmiente su propia retórica “nacional y popular”.

La inflación es uno de los temas que genera fricciones dentro del elenco kirchnerista. Por ejemplo, mientras Boudou, ministro de Economía de la Nación, afirmaba que la inflación era “un problema de la clase media alta”, Arlía, recaudador fiscal de la provincia de Buenos Aires —por cuenta y orden del gobernador bonaerense Daniel Scioli—, reconoció que “no puede no afectar a los sectores más pobres”. Lo significativo —en el contexto del giro básicamente conservador en la orientación del gobierno— es que *la inflación ya no puede disimularse ni esconderse como el principal problema económico de la coyun-*

tura. A pesar de que Cristina mantiene “planchada” la cotización del dólar a manera de ancla de precios, éstos tienden a subir.

La inflación tiene varias explicaciones, pero nos detendremos sucintamente en tres. En primer lugar, es un fenómeno *mundial* por el alza de las commodities, demanda china y especulación mediante. Segundo, está el problema estructural de la *falta de inversiones* en el país, que limita la oferta de bienes. Y tercero, el alto nivel de empleo y las *relaciones de fuerza* existentes no facilitan el ajuste *clásico, explícito*, que además requiere de un mayor índice de desempleo, el ajuste deflacionario que es la paz de los cementerios, como se vivió en los años 90. Así las cosas, el ajuste es *indirecto*, inflacionario, vía la baja paulatina del poder de compra del salario.

Al respecto, la oposición pide las mismas recetas ortodoxas del ajuste de siempre. Manteniendo un discurso de “distribución de la riqueza”, el gobierno de Cristina ya está dando muestras de adónde apunta: *limitar los reclamos salariales* a modo de ancla inflacionaria. Parte sustancial de los acuerdos con empresarios y sindicalistas que ya se están cerrando es que el gobierno pretende imponer en gremios clave y un tope salarial de no más del 18% para 2011, cuando la inflación estimada ronda el 30%.

Es síntesis: la orientación K apunta a combatir la inflación por la vía de la rebaja del salario real. Y parte de este curso conservador en materia económica es también que el gobierno esté apurando el pago de la deuda externa pendiente con el llamado Club de París (entidad que representa los intereses de los bancos europeos), operación que significaría el pago de unos 7.000 millones de dólares a corto plazo.

UNA VEZ MÁS ACERCA DE LA NATURALEZA DEL KIRCHNERISMO

Cabe aquí distinguir cuestiones de fondo y de forma. Respecto del fondo del asunto, no hay manera de desconocer que si las jornadas revolucionarias de diciembre del 2001 tenían elementos que potencialmente podían ir más allá de los límites del capitalismo argentino, lo que hicieron los K fue montarse en esa ola para inhibir esa tendencia.

Las pruebas son simples: no ha habido *ninguna reforma realmente estructural* en lo que hace al carácter capitalista del país. Ni la propiedad privada industrial, ni la agraria, ni los bancos han sido tocados. Las condiciones de superexplotación obrera están incólumes (más allá de la recuperación del empleo y de la asistencia estatal a la pobreza). Los mismos Kirchner han sido *garantes de que la clase obrera siga dividida* entre efectivos, contratados, de agencia, etcétera, situación heredada de la dictadura militar y el menemismo y que el ase-sinato de Mariano ha vuelto a poner sobre la palestra. En relación con el carácter dependiente del país, la supuesta “autonomía” ganada con el pago al contado de decenas de miles de millones de dólares solamente ha servido para que ahora el FMI haya sido “invitado” a “establecer un índice inflacionario confiable”. En lo que hace al régimen político, en la Argentina kirchnerista nunca se

llegó siquiera a hablar de una asamblea constituyente que revea la estructura política reaccionaria del país.

Sin embargo, hay algo que distingue al gobierno de los K de los que se sucedieron a partir de 1983. Los Kirchner, como hijos burgueses de las jornadas de diciembre del 2001 que son, necesariamente debían operar *cambios en las formas* para ganar legitimidad. Desde ese punto de vista, son evidentemente *el personal político patronal más a la izquierda* que ha habido en el país en las últimas décadas.

En estas condiciones, dejaron correr una serie de conquistas, concesiones y/o “reformas”. Algunas de ellas fueron, en verdad, arrancadas con la lucha, precisamente debido a las relaciones de fuerza más generales creadas por el 2001 y que en parte siguen presentes hasta hoy; otras fueron simplemente gestos desde arriba, aunque muchas veces apoyándose en procesos preexistentes.

Entre las primeras podemos ubicar las dificultades para reprimir “el conflicto social”, conquistas como las seis horas de trabajo en el subterráneo de Buenos Aires, el matrimonio igualitario para personas del mismo sexo y hoy mismo, aunque más indirectamente, la inscripción del nuevo sindicato de los compañeros del subte; entre las segundas están la ley de medios, las peleas con el diario Clarín, algunos paliativos a los jubilados o el relativo progreso en algunas de las causas de derechos humanos, etcétera.

Sin embargo, entre conquistas y concesiones no hay nada que haya significado *cambios de conjunto en el carácter capitalista semicolonial y dependiente del país*.

Las fanfarrias por Kirchner de tantos “izquierdistas” interesados en los puestos estatales solamente sirve para correr una cortina de humo sobre el fondo del asunto: como dijo Paolo Rocca, “a Kirchner hay que reconocerle el haber sacado al país de la crisis”. Los Kirchner actuaron como *garantes del capitalismo argentino*, si bien bajo las formas que les permitió la realidad creada por la rebelión popular del 2001.

En el marco anterior, hay una cuestión subsidiaria pero de importancia: medir el impacto de la muerte de Néstor Kirchner, sobre todo entre franjas de la juventud. Ha dado lugar a todo un debate el carácter “combativo” de la ceremonia de duelo y entierro. ¿De qué fenómeno se trata? ¿Qué alcances puede tener?

Uno de los elementos que alimentó elucubraciones de que el gobierno se aprestaba a ingresar en un curso “izquierdista” fue, justamente, una mirada *impresionista* de las exequias de Kirchner, que exagera sin medida rasgos de la realidad y los extrapola abusivamente. Ya hemos dicho que, efectivamente, los Kirchner son el personal político más a la izquierda desde 1983. Eso ayuda a la confusión, porque contrasta con la tradición política del país, más bien conservadora. Varias figuras políticas y no políticas han salido a decir que el de Kirchner “fue el mejor gobierno en 50 años”...

También es verdad que las exequias expresaron a un sector joven bastante “militante” que frente al féretro se “juramentó” a seguir el rumbo “nacional y

popular". Si una parte de los que asistieron al homenaje eran militancia organizada del PJ, los sindicatos o los movimientos, hubo también un componente joven más o menos espontáneo. La polarización gobierno-oposición patronal (la campestre más la de multimedios como Clarín) que hubo en estos últimos años —con pocos antecedentes similares en las últimas décadas— *politizó* en términos generales a un amplio sector juvenil.

En estas franjas militan agrupaciones como el Movimiento Evita, La Cámpora, la UES u otras variantes abierta y directamente oficialistas, y hay también otras que le hacen el juego con el verso del "apoyo a las medidas progresistas del gobierno" (como La Mella, integrante del Frente Popular Darío Santillán). Las recientes elecciones en el Colegio Nacional Buenos Aires, Ciencias Sociales de la UBA y algunas facultades de la UNLP son un reflejo de esto, más allá de que durante el reciente "Estudiantazo" el kirchnerismo no logró quebrar —en ningún caso— el movimiento de lucha. El gobierno pretende dirigirse en estos días a la juventud para organizarla.

Todavía es prematuro decidir si se trata de un fenómeno "orgánico" o destinado a perdurar. Por ejemplo, revistas como *Barcelona* se han pasado con armas y bagajes a los K, al igual que un conjunto de miembros de la farándula del espectáculo. La vergonzosa carta del periodista y militante de derechos humanos Pablo Llonto pidiéndole perdón a Kirchner por haberlo criticado en su momento sería representativa de esta tendencia.

Sin embargo, sacar de allí la conclusión de que al kirchnerismo podría asimilarlo con los movimientos sociales que dieron vida a fenómenos como el chavismo o Morales en Bolivia *hay un largo trecho*. En estos casos, el sistema de partidos burgueses había quedado diezmado, y ninguno de los dos movimientos (el PSUV y el MAS boliviano) son partidos patronales tradicionales. En contraste, no puede escapar a ningún analista serio que los gobiernos de Néstor y Cristina ha sido expresión —la más "izquierdista", si se quiere— de un partido tradicional del orden burgués en la Argentina como el PJ.

Aludiendo a esta infraestructura de la "construcción" K, el periodista y ex legislador Miguel Bonasso citaba una conversación muy sugerente con Kirchner. Ante los cuestionamientos de Bonasso al abandono de la llamada "transversalidad" (la construcción de un espacio político más allá del PJ con que coquete  el ex presidente a comienzos de su mandato), Kirchner le respondía que "una casa se construye también con ladrillos de bosta". Bonasso, agudamente, le replicaba que el problema es que esa casa luego no se podía habitar porque era irrespirable.

Así, agrupaciones como La Cámpora, programas de TV como "6, 7, 8" o ex militantes de izquierda arrepentidos devenidos en kirchneristas pueden ayudar a alimentar un relato "combativo" que sea capitalizado por agrupaciones juveniles kirchneristas estatales o paraestatales. Pero pensar en la recreación de un "movimiento de masas de liberación nacional" de la mano de los "ladrillos de bosta" de los barones mafiosos del PJ bonaerense sería comprar buzones al por mayor.

LA PROSCRIPCIÓN DE LA IZQUIERDA

Uno de los principales procesos que van a cruzar todo el año que viene son las elecciones presidenciales de octubre del 2011, en las que el gobierno de Cristina se juega a la reelección. Y por primera vez en muchos años (desde 1983 por lo menos) las reglas de juego para esas elecciones aparecen *completa y arbitrariamente manipuladas*. Está vigente una nueva ley de partidos políticos (Reforma Política) que está cuestionada en su legitimidad. No se trata solamente de que varias expresiones políticas burguesas o pequeñoburguesas la cuestionen; también está el hecho de que los dos jueces electorales más importantes del país, Servini de Cubría (Capital Federal) y Blanco (provincia de Buenos Aires) la cuestionan en muchos aspectos.

Sin embargo, el PJ cuenta en esta verdadera cruzada con un aliado fundamental, la UCR, ya que la ley facilita las cosas para el *restablecimiento del bipartidismo tradicional del país* y cierra el camino a la emergencia de expresiones políticas por fuera de éste. Se trata de otro terreno en el que la vuelta de tuerca K es claramente *conservadora* y, en este terreno, incluso *reaccionaria y proscriptiva hacia la izquierda*.

Igualmente, dados los vicios legales de la ley, nadie sabe a ciencia cierta si va a llegar incólume hasta las elecciones, si los jueces la van a aplicar en su totalidad o si van a hacer la vista gorda en algunos aspectos. Este último parece ser un escenario plausible, así como no vemos que el gobierno, *motu proprio*, vaya a querer cambiar mucho de la ley en cuestión.

La ley, por un lado, como está dicho, promueve el restablecimiento del reaccionario bipartidismo tradicional. Pero al poner criterios que solamente pueden alcanzar “partidos de Estado”, con estructuras clientelares como el PJ y la UCR (¿cuáles otros podrían movilizar un piso de medio millón de votantes para una elección interna?), opera prácticamente como un factor de proscripción de la izquierda.

No se trata de “eliminar los partidos chicos” en general “porque fragmentan la representación”. El kirchnerismo sabe perfectamente que en el país hay una fuerza viva que lo corre por izquierda y que tiene un lugar muy importante en la vida política nacional (como se acaba de ver con el caso de Mariano Ferreyra). Es verdad que, por el peso de los aparatos burgueses en la elección y el atraso general de la conciencia de las masas populares, su expresión en el terreno electoral, sin ser insignificante, es relativamente modesta. El kirchnerismo quiere explotar a su favor –y a favor del régimen burgués en su conjunto– esta contradicción.

Los criterios de la ley están pensados expresamente para *dejar afuera* del juego electoral a la izquierda. Ya Néstor Kirchner había hecho declaraciones –lo mismo que Cristina– contra los “grupúsculos de la izquierda que no llegan al 2% de los votos”. El operativo hace parte de su orientación de normalización burguesa del país: *invisibilizar electoralmente a una izquierda que viene creciendo en su inserción en la clase trabajadora y los demás sectores en lucha*,

como se pudo apreciar en el “Estudiantazo” capitalino. Este ataque reaccionario y totalitario contra la izquierda no es una decisión menor. Pretender excluir a un actor real de la vida política es una medida claramente *de derecha* que hay que combatir con todo.

De ahí que opinamos que entre las tareas políticas de la izquierda más importantes de 2011 va a estar poner en pie una sistemática campaña no solamente de afiliación para intentar saltar por encima de estos obstáculos, sino de verdadera *lucha política nacional contra la proscripción de la izquierda en la Argentina*.

EL PROCESO DE RECOMPOSICIÓN OBRERA

“El ferroviario José Pedraza es un dirigente importante desde hace 40 años, aunque alcanzó la jefatura de su gremio hace 25 años. Pedraza forma parte de una generación de burócratas que se siente amenazada ahora por el crecimiento de la izquierda sindical, a la que aquella generación odió siempre. El ascenso de la izquierda es proporcional a la vetustez de la antigua dirigencia. Los Kirchner no han hecho nunca nada para promover una renovación pacífica de la jerarquía sindical” (Joaquín Morales Solá, *La Nación*, 24-10-10).

Luego del desarrollo de las tendencias expresadas a partir de la muerte de Kirchner, debemos detenernos en lo que para los socialistas revolucionarios es *el proceso más estratégico* de la actual situación del país: las crecientes tendencias a la recomposición obrera (ver de R. Torres “El desafío de la recomposición obrera”, SoB 23/24)

Como subproducto de las transformaciones ocurridas en el “mundo del trabajo” y del proceso del Argentinaz, a lo que se suma la recuperación económica de los últimos años, fue emergiendo una nueva generación obrera, que se fue expresando a lo largo de los últimos años en una serie de luchas, conquistas, recuperación de organizaciones obreras de manos de la burocracia y tendencias hacia la sindicalización y/o la exigencia de conformación de nuevos sindicatos.

Ésta es la tendencia que se expresó en el asesinato de Mariano y que viene desde abajo. Es cierto que *no hay aún un ascenso general* de las luchas (aunque hay que tomar nota de que hay un proceso de conjunto entre amplios sectores de tercerizados y también un sinnúmero de reclamos por atraso salarial). Sin embargo, en el contexto favorable creado desde el 2001, *está en curso un proceso orgánico de reorganización de sectores de la clase obrera*, que además ya está extendiéndose más allá de los fenómenos meramente de vanguardia: parece estar desarrollándose de forma envolvente, alcanzando cada vez a más sectores.

Esto tiene una base material, que habíamos definido ya en 2006 como surgimiento de una nueva generación obrera (ver SoB 20), previsión que se confirmó completamente. Esta nueva generación se formó en la recuperación eco-

nómica que se viene dando en los últimos años y está llamada –al menos por ahora y en la medida en que la crisis mundial no pegue un salto cualitativo⁴– a continuar.

En principio, lo más probable es que la Argentina vaya a seguir creciendo en el próximo año, con una base industrial que, sin dejar de ser muy desigual,⁵ sigue caracterizando al país como uno de los más industrializados de Latinoamérica.

La Argentina es un país con una composición obrera importante, donde desde 2001 viene habiendo una recuperación de las relaciones de fuerza y no ha habido grandes derrotas inmediatas, más allá de la reabsorción de los costados más radicalizados de la crisis, y con el atisbo de surgimiento también –por ahora como destellos– de un nuevo movimiento estudiantil.

Este proceso de recomposición fue “contaminado” por el Argentinazo. No fue casual que en FATE, cuando se echó al burócrata Pedro Wasiejko, se cantara “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo” (un clásico de 2001-2002) y no el tradicional “se va a acabar la burocracia sindical”.

Resumimos las condiciones generales del proceso de recomposición en curso: *recuperación material, una nueva generación que entró a trabajar, relaciones de fuerza mucho más favorables* que en las décadas pasadas.

Sobre esa base material, y aun a pesar de que la mediación del gobierno K y la burocracia sindical impiden un ascenso de conjunto, se está viviendo una *recomposición de los aspectos subjetivos* de la clase obrera. En primer lugar, un incipiente proceso de reorganización, todavía básicamente en el terreno sindical, que es uno de los principales datos de la situación política nacional.

Hay un clima creado por la tendencia de fondo del Argentinazo, sin derrotas de importancia que la quiebren. Sí ha habido reabsorción de la crisis más general de dominación, que es otra cosa, y plantea condiciones más vinculadas al “adormecimiento” o cooptación, no supresión, del proceso de la lucha.

Estas tendencias operan en un cierto contexto: la burocracia sindical es una de las instituciones del régimen de dominación más desprestigiadas, entre la base obrera y también en la sociedad como un todo. Cabe establecer una cierta diferenciación entre los *sindicatos* como conquistas de la clase obrera (aun-

4. Un salto en la crisis de la Unión Europea podría llevar al estallido del euro. De ocurrir esto, su impacto sobre la economía mundial podría terminar arrastrando a China; en ese caso se acabaría el boom de las commodities y el crecimiento de los emergentes, cambiando todas las previsiones para la Argentina también.

5. Históricamente el país vivió, como lo definió agudamente Milcíades Peña, un proceso de pseudoindustrialización. Aun así, su base industrial fue relativamente de las más avanzadas del continente, si bien a partir de la segunda mitad del siglo XX quedó claramente superada por Brasil. Eso dio lugar a un proletariado industrial relativamente importante. Con la dictadura militar el país vivió un proceso de desindustrialización y reprimarización de su economía. Esto se mantiene hasta hoy, parcialmente contenido por la devaluación, con la emergencia de la agroindustria, las automotrices, varias multilatinas y algunas ramas sustitutivas de importaciones.

que burocratizados y estatizados en la mayoría de los casos) y la *burocracia* propiamente dicha, que no es una “conquista” sino un agente de la patronal. Tampoco es una capa obrera, sino un sector social mayormente privilegiado, con rasgos hoy de aburguesamiento y que recluta su base social muchas veces entre sectores desclasados.

Sin embargo, aun desprestigiada y deslegitimada, sigue siendo una institución fundamental del régimen político, con ciertas características bonapartistas, que no se apoya en formas democráticas sino en la vía de los hechos, apelando a todo tipo de métodos para disciplinar a la base trabajadora.

Así, el reclutamiento de patotas para reprimir al activismo hace parte de su naturaleza íntima. Ésta es la base o infraestructura común de la generalidad de los aparatos burgueses-burocráticos (léase burocracia sindical, aparatos políticos como el PJ, demás partidos patronales, etcétera). Estas patotas se reclutan entre las capas desclasadas de la sociedad, como los barrabravos de los equipos de fútbol. De ahí que toda lucha seria contra la burocracia deba tener siempre elementales recaudos que parten de la necesidad de hacer lo más masivas posible las acciones de lucha.

Esas prácticas burocráticas no han hecho más que agigantar su desprestigio y pérdida de legitimidad. Es en ese contexto que a lo largo de los últimos años fue creciendo una experiencia de reorganización de sectores de trabajadores que se mantiene hasta hoy, y cuyo más reciente capítulo están marcando los compañeros tercerizados del Roca.

El proceso de reorganización de conjunto empezó más bien por sectores de servicios o estatales, como los conflictos emblemáticos del subterráneo de Buenos Aires por la jornada de seis horas y la lucha del Hospital Garrahan. Pero luego comenzó a trasladarse a sectores de gran importancia del proletariado industrial. En este sentido, los procesos más emblemáticos siguen siendo los de FATE en 2007 y 2008 (en este último año, acompañado por un conflicto que terminó lamentablemente en derrota, con 200 compañeros en la calle y una asamblea general imponente perdida ante la burocracia por 30 votos). Y en la segunda mitad de 2009 estuvo el conflicto de Kraft, que si bien tuvo mucho mayor impacto mediático, fue de características muy similares al proceso del neumático.

En estos momentos, el proceso ha retornado a sectores de servicios como el ferrocarril, sobre todo alrededor de la lucha de los tercerizados del Roca y también la disputa con la burocracia de la Unión Ferroviaria, con variantes más o menos independientes en varias líneas del Gran Buenos Aires. Por supuesto, acompañando todo esto ha habido infinidad de batallas y procesos menores pero de importancia, y que hacen parte de una totalidad mucho mayor.

EL “NUEVO CLASISMO”

En todo caso, lo realmente estratégico es que *el activismo independiente y la izquierda comienzan a ingresar en bastiones tradicionales de la burocracia sindical*, con el peligro potencial que el proceso implica para la burocracia y las

grandes patronales. Porque poner un pie en sindicatos como la Unión Ferroviaria, la alimentación, el neumático, o haberle ganado el cuerpo de delegados a la burocracia de Dragún del SMATA Córdoba en VW son expresiones de gran potencialidad en la pelea histórica por un nuevo movimiento obrero en la Argentina.

Avancemos en intentar una definición de conjunto del proceso. Diversas corrientes esbozan definiciones: el PCR habla de “clasismo” en general, el PTS habla de “sindicalismo de base”, el PO también tiene su visión. Por nuestra parte, creemos que lo más correcto es hablar de la emergencia de un “nuevo clasismo”, pero expresamente con minúscula. Creemos que casi insensiblemente ha ido emergiendo algo más que un mero fenómeno sindical, aunque nace necesariamente de ese terreno concreto y material.

Por primera vez desde la década del 70 –la experiencia del *clasismo con C mayúscula* de aquellos días, aunque políticamente era frentepopulista y no de independencia de clase–, y a diferencia del proceso estrechamente *sindical* de los años 80, emerge una experiencia caracterizada por *rasgos de democracia de bases y de acción directa*, y que está en cierto modo *obligada a adquirir una comprensión más política* de lo que está en juego, so pena de reabsorción burocrática, como ocurre en parte –por ahora sólo en parte– en el subte.

Se trata por ahora mucho más de una *necesidad* del proceso que de una *realidad*: de ahí que la batalla por mantener una intransigente posición anti-burocrática necesariamente implica una dura pelea política –incluso respecto de la mayoría de las corrientes de la misma izquierda, que practican diversas variantes de sindicalismo– para ayudar a la maduración de un punto de vista de independencia política de clase, que en la generalidad de los casos no está nada clara entre los compañeros.

De ahí, entonces, que, dialogando con la experiencia de los 70 y dando cuenta no sólo de lo que *es* sino de lo que *puede y debe ser*, opinamos que la mejor manera de llamar a los primeros pasos que está dando la nueva generación obrera sea *surgimiento de un “nuevo clasismo”*, aunque todavía sea evidentemente *con minúscula*. Esto adelanta una batalla político-estratégica por el reagrupamiento clasista de las experiencias en curso, que se expresó en la pelea que dimos desde FATE alrededor de la lista clasista en las recientes elecciones de la CTA.

El problema que planteamos es una necesidad, no una mera expresión de deseos. Es lo que se observa tanto en el proceso en curso en FATE como en otras experiencias, a medida que van madurando políticamente. Junto con el desarrollo de la experiencia de la lucha en sentido estricto, comienzan también, inevitablemente, las presiones político-sindicales, es decir, la exigencia de una *definición de la identidad* más general del fenómeno en curso. Si la marca distintiva de todas estas experiencias es que comienzan como consecuentemente *antiburocráticas* (desde el Hospital Garrahan y el subte, pasando por el neumático y la Marrón, hasta el caso de Kraft), a medida que la experiencia se va desarrollando exige definiciones más de conjunto que no pueden ser obviadas quedándose en un sindicalismo estrecho.

Diversas expresiones centristas, sindicalistas o directamente burocráticas se lanzan a cooptar y/o liquidar el carácter independiente de la experiencia en curso, sea Yasky de la mano de Beto Pianelli en el caso del subte (aun a pesar de su debilitamiento por la ruptura de la CTA) o el sector de Micheli, vía el MST o la CCC, en el cuerpo de delegados de FATE.

Hacen esto apoyándose en que la necesidad de *independencia política* de estas nuevas experiencias obreras no siempre es comprendida del todo ni siquiera por la izquierda. En efecto, ésta es *sindicalista* y *“luchista”* incluso en sus expresiones más independientes como el PO y el PTS, organización que hace escuela en la separación de la lucha sindical y la política en las peleas cotidianas de la vanguardia obrera. Y el problema de la independencia política, por definición, excede el terreno sindical y debe ser asumida de manera *consciente*.

Mantenerse en una ubicación consecuentemente antiburocrática (es decir, independiente de las burocracias tanto de la CGT como de la CTA en todas sus variantes) en cierto modo fuerza a adoptar alguna forma aunque sea intuitiva de la independencia política de clase. Esto es, a ser consecuentemente *antipatronal* en el sentido no sólo estrechamente *económico* del término, sino *político* de no ir por detrás de ningún sector burgués.

Que la necesidad de esta pelea no es una abstracción o un invento del nuevo MAS se puede ver sencillamente en la experiencia del subterráneo de Buenos Aires, donde el gobierno se ha metido en el bolsillo a la mayoría del cuerpo de delegados, vía Yasky.

LA PELEA DE LOS TERCERIZADOS DEL FERROCARRIL ROCA

Dentro de las coordenadas de este proceso de recomposición se ha producido el proceso de lucha de los tercerizados del Roca, que abre una disputa estratégica por el control de la Unión Ferroviaria –o al menos de sus líneas más importantes–, una de las principales peleas en el seno de la clase obrera por parte del activismo y la izquierda en todo el próximo período.

La base material del estallido de este proceso son las insoportables condiciones de esclavitud laboral a las cuales están sometidos los compañeros. A esto se agrega el hecho de que su patronal es la misma Unión Ferroviaria, sindicato que supuestamente estaría llamado a defender sus derechos, un escándalo intragable llamado a explotar.

Para un militante el papel de la burocracia es obvio, pero para un trabajador de base no es tan evidente: las instituciones, las representaciones simbólicas, tienen su peso. Se supone que los dirigentes sindicales –los trabajadores los llaman “dirigentes”, no burocracia– son una cosa y los empresarios son otra. Entonces, además del problema de la superexplotación, había aquí algo “fuera de lugar” que terminó estallando: ¿cómo un dirigente sindical va a ser el empresario que nos explota como esclavos? Esto impacta, es una provocación, llama a la rebeldía. Sobre todo esto, apareció un factor decisivo para que el proceso

se desencadene como lo hizo: el asesinato de Mariano. Su muerte y la lucha de los tercerizados del Roca han puesto sobre la palestra nacional la esclavitud que significa la tercerización.

A nivel de otras líneas del ferrocarril y entre otros sectores de trabajadores se comienza a reclamar lo mismo que los compañeros del Roca: el pase a planta permanente. Es el caso de trabajadores tercerizados de las líneas San Martín o Belgrano Norte y de otros gremios, como los tercerizados telefónicos o de Edenor.

Que los tercerizados del Roca comiencen a pasar a planta permanente está significando un gran estímulo para la pelea de los tercerizados en todo el país, más allá de las maniobras del gobierno y la burocracia: la equiparación salarial sin pase a planta, el pase a planta pero manteniendo a los compañeros en un sindicato aparte y otras. Por eso, la pelea por que se cumpla el pase a planta de los 2.000 compañeros del Roca se debe combinar desde el inicio con otra: la exigencia de la afiliación a la Unión Ferroviaria de todos los compañeros.

Durante 2011 debe haber elecciones al cuerpo de delegados del Roca, y el triunfo de la lucha de los compañeros acercaría la posibilidad de disputar la dirección sindical de la línea. El eventual triunfo de los tercerizados del Roca debe servir también para dar un impulso a la pelea por meter en la cárcel a Pedraza. Y de lograrse eso, quedaría mucho más cerca un objetivo todavía mayor: barrer a la burocracia sindical de la Unión Ferroviaria en su totalidad.

LA BUROCRACIA SINDICAL, COLUMNA VERTEBRAL DEL GOBIERNO

Sería conveniente para aquellos que cantan loas al gobierno recordar el rol ultrarreaccionario del gobierno de Cristina frente al asesinato de Mariano Ferreyra. Prácticamente las únicas palabras que se le escucharon fueron para responsabilizar al mismo PO... Y luego, no ha dicho esta boca es mía. Es evidente la complicidad del gobierno de Cristina con lo peor de la burocracia sindical, y la pelea contra la impunidad de los responsables materiales e intelectuales del asesinato queda exclusivamente en manos de la izquierda.

Un paso adelante ha sido la detención de varios de sus posibles autores materiales. Por otra parte, el gobierno ha debido comprometerse en la satisfacción del reclamo de una importante porción de compañeros tercerizados del Roca (aunque hay que estar atentos a que estos acuerdos se cumplan cabalmente).

Pero hay una cuestión clave para la cual hay que redoblar los esfuerzos, ya que unifica los problemas políticos con la recomposición del movimiento obrero argentino: la pelea por meter en la cárcel a Pedraza, histórico burócrata de la Unión Ferroviaria. Viene siendo crecientemente asediado en algunos sectores del gremio, como en las recientes elecciones a cuerpo de delegados en las líneas Sarmiento y Belgrano (donde triunfó la Bordó) y la buena elección en el Mitre. Pero las cosas van más allá. Esta pelea está a la orden del día también en el resto de las líneas, en primer lugar la Roca (donde mataron a Mariano).

Meter preso a Pedraza sería la punta de lanza para la profundización de una verdadera *revolución antiburocrática* que podría desatarse entre los ferroviarios de todo el país, que además repercutiría favorablemente en la pelea contra la burocracia de todos los colores en el conjunto de la clase obrera.

Sin embargo, esta pelea tiene desde ahora un obstáculo: el gobierno de Cristina. Ya se habla de que a cambio de que algunos sindicatos emblemáticos firmen por el 18% para el 2011, el gobierno concedería determinados “favores” a sus dirigentes. Tras la muerte de Kirchner, el jefe de gabinete Aníbal Fernández se apresuró a aclarar que la CGT es “la columna vertebral del gobierno”.

Estas declaraciones son muy significativas. Por un lado, la columna vertebral *no es la cabeza*: la que dirige es Cristina (una política patronal) y además, como siempre en el PJ, la clase trabajadora (supuestamente “representada” por la CGT) nunca podría ser cabeza de un gobierno, sino furgón de cola.

Por otro lado, Fernández quiso dejar muy en claro que el gobierno tiene una relación privilegiada con la CGT dirigida por Hugo Moyano, y que ese vínculo se va a mantener invariable luego de la muerte de Néstor Kirchner. Esta ubicación también juega un papel *conservador* en lo que hace a la discusión que se ha abierto en el país alrededor de la organización del movimiento obrero.

También está la intervención del kirchnerismo en la crisis de la CTA. El gobierno ha salido a reconocer la inscripción del sindicato del subte para facilitar las cosas a sus aliados Yasky y Pianelli; al mismo tiempo, ha jugado abiertamente a la división de la CTA para que no caiga en manos de la oposición expresada por la fracción Micheli.

A no engañarse: no se trata solamente del problema político de que la fracción de Micheli sea “sojera”. Lo fundamental es que el reconocimiento de la CTA podría jugar como impulso de una línea “reformista” que, aun buscando inhibir el proceso de la recomposición obrera, tiene sin embargo el peligro de *abrir una caja de Pandora*. En efecto, cuestionar el monopolio de la representación obrera, que sigue imperando sobre todo en el proletariado industrial por parte de la CGT, abriría brechas para una recomposición más de conjunto de la organización obrera.

Al respecto, el gobierno es ultraconservador y peronista clásico. Y la división de la CTA en dos fracciones públicas, al menos en lo inmediato, debilita el planteamiento de su reconocimiento. Para el gobierno, la CGT es la principal columna vertebral del control burocrático-burgués del movimiento obrero, y así debe seguir siéndolo para bien de los capitalistas.

De ahí también que la división de la izquierda en las recientes elecciones de la CTA haya sido tan criminal. Con el fraude cruzado escandaloso de ambas fracciones mayoritarias burocráticas, la CTA *dilapidó en un día todo su capital político como central “democrática”* y de perfil distinto al de la CGT. Y si esta crisis fenomenal no puede ser aprovechada en lo inmediato por la izquierda, es por la ceguera y criminal división de las listas clasistas por responsabilidad del PO y el PTS.

SE REARMA LA SANTA ALIANZA CONTRA LOS CONFLICTOS OBREROS

El debilitamiento de la CTA ha dejado el campo abierto para un choque más directo entre la burocracia sindical de la CGT y la izquierda. *Si la CGT quedó fortalecida por la crisis de la CTA, dialécticamente, la izquierda también se fortaleció por la crisis de esa mediación reformista.* La izquierda se sigue abriendo paso en sectores de gran importancia como los ferrocarriles, la alimentación, el neumático y otros, y es ella el verdadero problema para Moyano y la burocracia tradicional de los “gordos”.

El proyecto reformista ha quedado debilitado, y esto repropones la necesidad de un reagrupamiento clasista por la izquierda, más allá de que, en lo inmediato, ninguna corriente de la izquierda tiene las relaciones de fuerza suficientes como para tener hegemonía sobre las demás, y además no hay un ascenso que facilite ese curso.

Exploramos ese camino con el llamado a la lista clasista de la CTA, encabezada, inéditamente, por mandato de asamblea. Pero la ceguera sectaria y aparatista del PO y el PTS lo impidieron. No les importó entregarle FATE a la burocracia, ni presentar sus listas en la propia fábrica contra la de los obreros de FATE. Una vergüenza que se suma a otras, como la pelea a palos entre ellos en la última marcha por Mariano. Y sin embargo, con la crisis de la CTA y la lucha de los tercerizados del Roca, el hecho es que la izquierda está de vuelta en el candelero.

En ese contexto, hemos dicho que el gobierno de Cristina busca contener los salarios con una paritaria tramposa mientras los precios están por las nubes. He ahí el problema económico real del gobierno: la inflación, que “inestabiliza” las relaciones sociales, es una expresión económica de una vida política y sindical de la clase trabajadora que genera “conflictividad social”, como dicen los técnicos burgueses.

Entre los sectores que salgan a luchar –seguramente de la mano de la izquierda– y la Santa Alianza antiobrera (gobierno, patronales, burocracia) las cosas van a ser *cada vez más duras*. Va a haber casi inevitablemente un choque, porque donde la izquierda encabece un conflicto salarial la Santa Alianza le va a caer encima. La patronal, para defender sus ganancias; el gobierno, para mostrar su capacidad de “governabilidad” antes de la elección presidencial, y la burocracia, para evitar todo desborde.

Las paritarias que se vengan, si están monopolizadas por la burocracia, serán para prevenir ese desborde. El discurso kirchnerista va a ser “dejemos todo para después”, “cuando gane Cristina se viene el paraíso”, “ahora a portarse bien que hay que ganar las elecciones”...

A medida que la división entre los de arriba se va “mediatizando”, lo que parece asomar entonces es un enfrentamiento más clásico entre el gobierno y sectores de vanguardia de los trabajadores y la izquierda, aun cuando continúen las riñas entre oficialismo y oposición en el Congreso.

Así, *se anuncia un 2011 más polarizado* entre la Santa Alianza (gobierno, burocracia, patronal) y el activismo y la izquierda. *Para ese escenario endure-*

cido es para el que hay que prepararse. Aquí cabe el importante debate que se ha ido generando recientemente en las filas de la izquierda acerca de cómo intervenir en los conflictos obreros.

LUCHAS, RECOMPOSICIÓN Y DISPUTA EN LA IZQUIERDA

Todas las corrientes de la izquierda del país, de una u otra manera, intervienen en el proceso de recomposición. Sin embargo, solamente algunas lo hacen desde una perspectiva independiente.

Por ejemplo, la CCC y el MST están interviniendo, más que en el proceso de recomposición, en una de sus variantes de *mediación reformista*, la fracción Micheli-De Gennaro de la CTA. Como participantes de la Lista 1 en la reciente y vergonzosa elección, hicieron campaña dentro de FATE contra la Lista Clasista 5 encabezada por Jorge Ayala (militante obrero del Nuevo MAS), que fue la expresión de la Marrón a nivel de la CTA.⁶

Por oposición a estas dos corrientes ultra oportunistas y “sojeras”, el PO, el PTS y el Nuevo MAS intervenimos mayormente desde una perspectiva independiente. Sin embargo, lo hacemos con estrategias muy diferentes, por no decir opuestas, que atañen básicamente a dos terrenos: el de las luchas directas y el de la pelea por la recomposición obrera y eventual reagrupamiento clasista de la emergente vanguardia.

Las más importantes luchas del período, así como las circunstancias creadas alrededor de las elecciones de la CTA, fueron muy ilustrativas al respecto. En el caso de esas elecciones, intervenimos las tres corrientes: el PO y el PTS con listas lisas y llanamente “partidarias”, nuestro partido dando batalla y acompañando la decisión de los compañeros de FATE.

Pero partamos de la ubicación de nuestras respectivas tendencias frente a las luchas obreras. La discusión viene de arrastre desde el Casino, pasando por FATE y el conflicto del neumático, Pilkington, Kraft y ahora los tercerizados del Roca. En ellas, por lo menos dos de las tres corrientes estuvimos presentes desde adentro, sin menoscabo de que todas tuvimos intervención pública en sus desarrollos.

Hay tres elementos básicos para destacar: la actitud frente a las medidas de lucha propiamente dichas, las peleas políticas en el seno de la clase obrera y el rol de las cuestiones legales en los conflictos. Veamos someramente cada una de ellas.

Respecto de los métodos de lucha, el PO se caracteriza por alentar medidas sin considerar, muchas veces, sus consecuencias. Parece intervenir en el movimiento obrero *como si se tratara de los movimientos piqueteros*, que tienen muy distintas reglas de juego. En contraste, el PTS más bien se ha venido caracterizando por tener posiciones *demasiado cautas y legalistas*. En todo el ciclo de

6. En ciertas oportunidades –como en el gremio docente– Izquierda Socialista acompañó esta ubicación, aunque en la CTA fueron parte del Frente Clasista.

2007 a 2009 el PTS se caracterizó por una cerrada prédica contra las ocupaciones de fábrica. En nuestra corriente, por el contrario, y a la luz de la experiencia histórica de FATE, siempre insistimos en que la pelea con los compañeros adentro es más favorable que con ellos de la puerta para afuera. Sin embargo, tenemos claro que no se trata de hacer ningún fetiche, y el análisis concreto de las circunstancias es irremplazable.

En todo caso, el hecho es que el PTS ha desarrollado una cierta tendencia legalista para intervenir en los conflictos obreros o incluso estudiantiles, como se vio en la ocupación del Ministerio de Educación por los estudiantes de Ciencias Sociales de la UBA, subordinando muchas veces la intervención política a consideraciones legales. También se han apresurado a dar por casi derrotados procesos todavía abiertos (da toda la impresión de que ése era el caso antes del asesinato de Mariano Ferreyra respecto de los tercerizados del Roca).

Los balances de estos conflictos y las polémicas entre nuestras corrientes son públicos y no podemos desarrollarlos aquí en detalle. Profundicemos sólo el caso reciente de FATE. El PO —el PTS se suele sumar a esta misma prédica por puro oportunismo— viene haciendo al respecto una nefasta campaña: como para justificar no haberse sumado a la lista clasista encabezada por los compañeros, dicen que “los obreros de FATE no pelean”. Luego de la derrota de finales de 2008, cuando en el gremio hubo 220 despidos y en FATE unos 80, evidentemente las condiciones para salir a pelear han sido más difíciles, pero razonando así podríamos hacer entonces responsable al PO porque el Casino no lucha desde la derrota de hace tres años...

La realidad es que ningún lugar de trabajo se recupera fácilmente de tantos despidos. Y eso es lo que explica que estos dos últimos años en FATE no hayan sido como 2007 y 2008. No obstante, hay que mensurar algunos grandes logros obtenidos, como la reincorporación de varios compañeros luego de una lucha sostenida contra viento y marea a lo largo de dos años contra el despido. El dato saliente aquí es que FATE jamás había reincorporado a un despedido.

No todo es soplar y hacer botellas, como cree el PO, demasiado acostumbrado al movimiento piquetero. Las peleas por la recomposición obrera se dan en los más diversos terrenos y no se miden con un “luchómetro”; salir a pelear depende de las relaciones de fuerza. Tampoco se trata de *sustituir* a los trabajadores, otra práctica bastante habitual de esta corriente.

Respecto de las peleas políticas en el seno de la clase obrera, un ejemplo es el de las elecciones de la CTA. Tanto el PO como el PTS privilegiaron presentar listas de sus propios partidos, independientemente de toda otra consideración.

Por nuestra parte, nos jugamos a fondo a *que FATE proyectara su experiencia independiente* para lograr mayores puntos de apoyo, aprovechando tácticamente para esto la circunstancia de la elección. Para este objetivo, dimos todos los pasos que había que dar, pasando por votaciones en la Ejecutiva y en asamblea de 500 compañeros, incluyendo la votación de Ayala como candidato.

La política del PO y el PTS fue un verdadero escándalo y refleja uno de sus problemas de fondo: su concepción de *instrumentalización de las experiencias*

del movimiento obrero al servicio de sus necesidades de miniparato. Por supuesto, en el movimiento obrero y en la vanguardia hay lucha política. Pero esta lucha debe responder a las necesidades de los trabajadores, criterio que nunca está muy claro en la acción de estas dos corrientes.

Con el PTS la pelea por la lista clasista en la CTA fue más a fondo; el PO simplemente se “borró” y apostó a jugar solo casi desde el inicio. Llegamos hasta el encuentro del 31 de julio, convocado conjuntamente entre Kraft y FATE, donde se suponía que se iban a llevar adelante resoluciones que reflejaran las necesidades y preocupaciones de ambas direcciones obreras. No fue así. El PTS pretendió imponer su agenda y desconocer que FATE necesitaba de acompañamiento en la pelea interna de la CTA. Por diversas razones, incluida una ubicación oportunista que tenían frente a la dirección de la CTA desde 2009, el PTS prefirió que se rompiera el encuentro antes que discutir el problema.

El PTS tiene, además, la absurda pretensión de que el proceso de recomposición son sólo ellos. Una de sus tácticas predilectas es hacer pequeñas acciones, las más de las veces con su militancia, para salir por los medios en nombre de los trabajadores de determinado lugar, que no suelen estar presentes en estas acciones de manera muy real. Así, esta corriente, en pleno curso autorreferencial, tiene un comportamiento ultimartista que desconoce la necesidad de hacer acuerdos de frente único para empujar hacia adelante el proceso de la recomposición obrera. Pero sin frente único de tendencias se pueden construir, a lo sumo, colaterales partidarias (lo cual en sí mismo es lícito e incluso necesario a veces); difícilmente se pueda dar una salida de conjunto o genuinos encuentros obreros más amplios que el propio radio de influencia.

Otro vicio que comparten el PO y el PTS es el sindicalismo. En la generalidad de los casos, cada uno a su manera, han intervenido haciendo *seguidismo a la despolitización* de los compañeros. Esto es, una cerrada negativa a elevar el debate político con la vanguardia obrera, como se pudo apreciar también en el citado encuentro de julio (el PTS, ya que el PO directamente no se molestó en concurrir).

En este terreno, la posición de nuestro partido siempre ha sido que los encuentros, reuniones o luchas obreras deben ser ocasión para *plantear los problemas políticos* del caso. Es decir, para ayudar a que una fracción de la vanguardia obrera se eleve lo más posible en los problemas generales que plantea la lucha de clases. Claro que esto no puede hacerse de manera artificial, desconociendo que toda lucha solamente puede partir del terreno material de las necesidades reivindicativas. De ahí que vimos en las elecciones de la CTA una oportunidad para una proyección más política de los compañeros de FATE, más allá de que el terreno de la elección iba a ser muy hostil.

El PTS, que salió último en esa elección y que no vio que la CTA iba camino a la ruptura (por el contrario, estaba elucubrando meter casi acriticamente a Zanon en la CTA), sale ahora a justificar su comportamiento diciendo que la lucha de los tercerizados del Roca le dio la razón a su posición. Pero ambos planos no se contraponen: ¿qué impedía conformar una lista clasista unificada en la CTA y al mismo tiempo impulsar con todo la lucha de los tercerizados?

En definitiva, *sindicalismo, ultimatismo, autoproclamación e instrumentalización de las necesidades de los trabajadores* son algunos de los rasgos del PO y el PTS en su intervención en el movimiento obrero que nos hacen pararnos desde estrategias distintas en el proceso de la recomposición. Queda por ver cómo se ubican estas corrientes en el desafío que se viene de elección del cuerpo de delegados de FATE y las elecciones nacionales del neumático, durante 2011 o a comienzos de 2012.

LAS TAREAS DE LA IZQUIERDA EN 2011

El conjunto de la izquierda “roja”, incluido nuestro partido, tiene un conjunto de tareas bastante definidas para el año que comienza.

La principal es, claro está, *el proceso de recomposición obrera*, que tendrá seguramente nuevos capítulos donde la pelea por el salario, contra la tercerización y por ganar nuevas posiciones en el seno del movimiento obrero estarán a la orden del día. En ese marco, la lucha por el castigo a los responsables materiales e intelectuales del asesinato de Mariano Ferreyra y por meter en la cárcel a Pedraza seguirá siendo de primer orden.

Parte de esto será la pelea que se viene por la elección del cuerpo de delegados del Roca el año próximo, y también la elección de delegados y nacional del SUTNA (neumático). Y no es menor la tarea de inserción de compañeros en los distintos lugares de trabajo, en una coyuntura económica favorable y cuando se sigue extendiendo a ojos vista el proceso de recomposición obrera.

En segundo lugar, también habrá una batalla en el terreno político general con las presidenciales de 2011. Aquí, más allá de consideraciones tácticas prematuras, lo que debería darse es una *dura pelea conjunta contra la proscripción de la izquierda*. No alcanza con que cada corriente intente resolver el problema de la afiliación por su lado: hay que poner en marcha –si es posible, de manera unitaria– una amplia campaña política para derrotar el intento gubernamental de proscripción.

En tercer lugar, habrá que seguir la situación del *movimiento estudiantil*. Aquí hay contrapuestas dos tendencias. Por un lado, está toda la campaña K por la cooptación de una franja de la juventud a partir de la muerte de Kirchner. Pero, por otro lado, los meses previos a su deceso se vivió, sobre todo en la Capital Federal y también en Córdoba, la emergencia de un “estudiantazo” que, con ser por ahora más bien una ráfaga, podría estar anunciando un ascenso de conjunto del movimiento estudiantil como hace años no se ve.

En fin, en el terreno de las *luchas democráticas*, es un hecho que a pesar de la negativa del gobierno de Cristina, la conquista del matrimonio para personas del mismo sexo plantea un terreno más favorable para la *pelea por el derecho al aborto*, que impulsaremos con todo desde Las Rojas, agrupación que en el último período ha logrado una creciente proyección dentro de la vanguardia del movimiento de mujeres.

